

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LA BIBLIOGRAFÍA MÉDICA  
ESPAÑOLA

POR EL

DR. TOMÁS CERVIÁ CARRERA

DIRECTOR DEL SANATORIO DE OFRA Y DEL DISPENSARIO CENTRAL A. T.

SANTA CRUZ DE TENERIFE

LA Medicina española hace ya mucho tiempo que está en marcha y cada día su pisar tiene mayor resonancia. Las aportaciones con que nuestros compatriotas han contribuido desde los tiempos antiguos al acervo común de los conocimientos médicos universales, son verdaderamente numerosos e importantes, aunque para muchos sigan todavía insospechados en su misma cuantía. De vez en cuando descubrimos, como en el reciente caso de nuestro doctor Delgado para la fiebre amarilla, otra decisiva intervención hispana en estos inagotables campos de la ciencia del curar y el prevenir.

La Medicina hispana de nuestros días está prestigiada por ilustres maestros y profesores de universal prestigio, y esto salta a la vista. Pero también lo está (aunque esto sea menos conocido y reconocido) por el elevado índice medio de cultura y eficiencia del cuerpo médico español en general, de los prácticos, especialistas y rurales que, desperdigados por el amplio solar de nuestra Patria, van prodigando sus cuidados sin altibajos ni oropeles. Su conjunto actual, magnífico y cada día mejor, puede parangonarse sin desdoro y con ventaja con el de cualquier otra nación, según podemos comprobar repetidamente con nuestro frecuente contacto con el extranjero.

Decía que la actual Medicina española está prestigiada. Pero, naturalmente, sólo puede estarlo para quienes la conocen, y éstos no son ciertamente todos los que debieran serlo. La Medicina española se puede decir está práctica y hasta voluntariamente ignorada en el extranjero, salvo algunas de sus personalidades de gran relieve, y aun en estos casos, sin encontrar todo el eco que merecieran, pues las nacionalidades influyen desgraciadamente en el crédito y repercusión de los trabajos médicos, y en este terreno los latinos en general y los españoles en particular no hemos sido nunca de los más favorecidos frente a la descarada hegemonía nórdica.

El prestigio de un conjunto no está en el gigante y desproporcionado relieve de alguno de sus componentes, haciendo de esta manera más notable el desnivel con los demás, sino en la homogeneidad del mismo. Debe, pues, tratar de prestigiar el conjunto, al mismo tiempo que a cada una de sus partes integrantes. La Medicina española, por tanto, debe ser conocida y estimada en su conjunto, en primer lugar por los mismos españoles, sus compatriotas, y luego,

por los demás. Aunque en este terreno se va ganando cada día más, aun queda mucho por hacer hasta conseguir eliminar totalmente el peso muerto de este desconocimiento.

Esto viene a cuento de la bibliografía médica. Se puede afirmar sin ningún género de dudas que nuestra Medicina es la que mejor informada está de cuanto se hace por el mundo, y además tiene verdadero y hasta pueril empeño en hacerlo así constar. Basta repasar las referencias bibliográficas que fundamentan nuestros trabajos, para resaltar en seguida sus caudalosas fuentes de información, en las que se entremezclan nombres e idiomas. Esto contrasta con la mayoría de los trabajos extranjeros, en los cuales salta a la vista cuán rara y parcamente se salen de sus límites geográficos, aunque dentro de ellos procuren agotarlos. Desde luego, ¡cuán excepcionales son los nombres hispanos en la literatura médica extranjera, aunque esta trinchera también lentamente la vamos ganando! Para contraste, destaca en buena parte de la literatura médica hispana cómo junto a nombres extranjeros, incluso a veces mal seleccionado y traídos sin mayor justificación, faltan muchas veces los nacionales (algunos en patente omisión) que hayan trabajado sobre tema similar o relacionado y que de una manera u otra pudieran servir como antecedente. Generalmente sólo se refieren los trabajos anteriores del autor y los de su escuela o grupos afines, lo que es natural y plausible, pues sobre propios o próximos pasos anteriores tiene que afirmarse lo actual, aunque no lo sea, en cambio, la exclusión de los demás.

Procediendo así se está contribuyendo, directa o indirectamente, a prestigiar, con o sin razón, nombres extranjeros y a silenciar los de nuestros compatriotas. ¿Por qué la literatura médica francesa, inglesa, americana, alemana o italiana se nutre fundamentalmente de sus respectivas fuentes nacionales, en tanto nosotros con tan innecesaria frecuencia recurrimos exclusivamente a extraños? En España hay volumen de trabajo suficiente para imitar, al menos en parte, esta conducta de los demás países, y con el calor del estímulo, la selección y la crítica (las tres cosas que están haciendo mucha falta), este volumen se irá haciendo más caudaloso y más denso, y no como ahora, que obliga a quemar ilusiones y esfuerzos en el vacío de la indiferencia y silencio sin eco y sin una crítica.

¿Por qué esta inexplicable anomalía en quienes se muestran tan duchos en manejar tanta bibliografía? ¿Por menosprecio? ¿Por vanidad? ¿Por impaciencia? ¿Por comodidad? ¿Por dificultades? Desde mi lejanía casi objetiva, ajeno a prejuicios y compromisos, ya que otros más autorizados no lo hacen, y animado de los mejores deseos patrióticos para con nuestra Medicina, en la que apenas me considero un simple guerrillero, me atrevo a plantear estos problemas, nombrando las cosas por su nombre y permitiéndome sugerir alguna solución a este delicado problema.

Eliminando de entrada la razón del menosprecio ajeno, completamente fuera de lugar, reconozcamos que en el fenómeno señalado están representados, en más o menos proporción, según los casos, las demás razones arriba apuntadas. Yo, que estoy acostumbrado a bucear en la literatura médica, debo confesar que me resulta más fácil disponer de una correcta información médica extranjera que de la nacional. Las publicaciones médicas extranjeras tienen mejor organizada su difusión y sus extractos y referatas, y hasta nuestras propias revistas nacionales cuidan en general mucho más las referatas extranjeras que las propias, en contraste con las de otros países, que cuidan especialmente los extractos y noticias de su país o, al menos, en su propio idioma; es decir, se viene haciendo lo suficiente para que el lector español se interese por las publicacio-

nes extranjeras, en desmérito de las nuestras. Si se pudiera hacer un censo comparativo, entre nosotros, de los lectores y suscriptores a revistas nacionales y extranjeras, nos preguntaríamos cómo pueden vivir nuestras revistas si no fuera por su publicidad, y si vale la pena publicar algo en ellas. Y esto, pese al sacrificio de todo género que representan y el inmenso campo que ofrecen, no sólo los médicos españoles, sino todos aquellos que usan y publican en nuestro idioma y cuyos esfuerzos ellos y nosotros necesitamos conocer y no a través de lenguas extrañas.

No son excepcionales los colegas (yo conozco a más de uno) suscriptores asiduos a costosas revistas extranjeras, y que de las nacionales casi no reciben otras que las «gratuitas» y las de recepción obligatoria. Y puedo referir cómo una revista médica nacional ha hecho una referata a un trabajo de una revista sudamericana tomándolo por original, sin percatarse era de autor español y publicado antes en una revista española de gran difusión, de donde lo reprodujo la publicación ultramarina sin especificar la procedencia; trabajo inadvertido en nuestra Patria, mereció ser extractado al aparecer en el extranjero sin mostrar su origen ibérico.

Tampoco es excepcional el autor de lengua castellana que debe editar sus libros y trabajos en idiomas extraños (el mismo Cajal, entre ellos, y contemporáneamente, muchos) para obtener alguna difusión y repercusión, y más lo harían así si no encontraran tanta resistencia extraespañola para ello.

Confesemos que nuestras publicaciones son muy numerosas y están fragmentadas, acaso desproporcionadas al volumen de nuestra Medicina, y que es muy difícil su control. Podemos dividir la bibliografía médica nacional en cuatro grandes grupos: *a)* Revistas generales nacionales: tienden a recoger el movimiento médico en lo ancho de la nación, trayendo al gran público médico trabajos originales y la discusión de las más importantes cuestiones de actualidad; *b)* Revistas generales regionales o locales: con el mismo carácter que las anteriores, tratan de recoger el movimiento médico regional o local; algunas son dignas de parangonarse con las del grupo anterior; *c)* Revistas de especialidades: cada especialidad tiene por lo menos una publicación, la mayoría tiene dos, y alguna, tres; las subespecialidades también van creando sus revistas; *d)* Anales, boletines, actas, trabajos, etc.: cada vez más numerosos. En elevado porcentaje, nuestras publicaciones son magníficas y en nada tienen que envidiar a sus equivalentes extranjeras en presentación y contenido. Pero, ¿cuántas publicaciones médicas aparecen en España? ¿Quién dispone del completo de sus colecciones y las puede manejar en su integridad? Quien aborde el estudio de un tema y desee conocer los antecedentes hispanos del mismo, ¿a dónde ha de dirigirse y cuánto tiempo y esfuerzo necesitará para esta tarea ingente en nuestra actual desorganización, para alcanzar resultados acaso nimios?

Dispersas y en disgregación nuestras revistas (pues cada día surge alguna nueva), ¿cómo orientarse en este caos? No es que me parezca mal la aparición de nuevas publicaciones, pues su mera supervivencia justifica la razón de su existencia, y a nadie se le deben quitar estímulos, sino al contrario. Pero el infortunado médico lector de revistas, para estar al tanto, tiene que agotar su peculio y además su tiempo robando horas al descanso para después tener que renunciar a leer tal baraúnda de trabajos, conformándose con los resúmenes e índices de la mayoría, pues a todos no es posible prestar atención y lectura; y bienaventurado si logra disponer de la suficiente organización y carácter para que este esfuerzo no le resulte a la larga estéril, atropellado por el angustioso

e inestable quehacer cotidiano. O también puede expeditivamente cortar por la calle de enmedio, desdeñando lecturas que le agotan y le embrollan, quedándose sólo con lo más fácil y barato, apagando así, carente de alimento, aquella llamita del estímulo que en él vivía...

Hoy es prácticamente imposible conocer todas las publicaciones médicas españolas. Pero esto no nos exime de la obligación moral que todos tenemos de procurar enterarnos de lo que se ha hecho o está haciendo en la nación sobre nuestros temas, procurando subsanar de una vez para otras obligadas e involuntarias omisiones. Y cuanto más elevado se esté, más obligación hay en ello.

Para subsanar lo apuntado necesitamos un índice metódico y completo de nuestras publicaciones, del que hoy, a mi conocimiento, carecemos, pues si acaso existiere, el mero hecho de su insuficiente difusión justificaría la necesidad de su total renovación.

Este índice podría ser como el «Quarterly Cumulative Index Medicus», pero referido exclusivamente a la literatura médica hispana, o, si se extendiera, en idioma castellano y hasta portugués. Pero reputo aun más adecuada una publicación del tipo de «Archiva Medicæ Belgica», en la cual figuraran todas las revistas que se publican, con sus direcciones y demás detalles y la lista de los trabajos aparecidos agrupados por materias y con un pequeño sumario para que pudieran servir de orientación. Esta publicación, cuya perentoria necesidad veo, se difundiría extensamente por nuestra Patria, sirviendo su colección de cómoda base de trabajo en la propia bibliografía, y en el extranjero como vehículo exponente de un volumen de trabajo desconocido y silenciado, a falta de este resonador para todos los oídos, despiertos y sordos.

¿No es poco deprimente que nosotros podamos conocer, por ejemplo, puntualmente mediante la mencionada «Archiva» cuando se produce médicamente en Bélgica, y no nos sea dable conocer de manera similar cuanto se hace en España? ¿Cuántos médicos españoles conocen siquiera la existencia de la mitad de nuestras publicaciones médicas? ¡Y la mayoría de ellas publican trabajos que pudieran interesarles! ¿Cuántas veces en alguna revista modesta y de escasa difusión aparece algún trabajo notable digno de ser conocido, y que por esta causa está condenado al olvido en perjuicio de todos?

Aunque en este aspecto también hayamos mejorado un poco, no mucho, yo he sido testigo, y cuantos sean sinceros conmigo, de lo poco que interesa la Medicina española en el extranjero, a pesar de nuestra presencia en los congresos internacionales; de la benevolente condescendencia con que somos acogidos y escuchados, cuando lo somos; de la ausencia de las revistas españolas en las bibliotecas médicas de fuera, incluso en muchas hispanoamericanas; de la falta de referatas españolas en la mayoría de las revistas extrañas, algunas incluso tan próximas a nosotros; de la falta de muchas revistas españolas, incluso importantes, en índices que presumen de ser completos y lo son para otros países. Las mismas «Excerptas», «Zentralblatt» y «Abstracts» no cuidan como deben la Medicina hispana; yo soy redactor de una de estas organizaciones internacionales, y aun quedando mucho español por referatar en nada inferior a lo que se selecciona, por cada trabajo nacional que se me envía, vienen cuatro o cinco extranjeros. ¿De quién es la culpa de este estado de cosas? No lo sé; pero sólo quiero saber y decir cómo veo la cuestión e insistir en la necesidad de modificarla a tono con nuestra dignidad e importancia. Estas cosas

amargas hay que decir las, pues decir la verdad sin malicia es la única manera de empezar a corregirla, si es desagradable.

Este índice bibliográfico que preconizo tan necesario como meritorio, requiere una buena, escrupulosa, imparcial y severa organización y una amplia base económica, seguramente subvencionada, pues sus ejemplares deben ser muchos y baratos, y buena parte de su tirada, gratuita, para su más perfecta difusión. El «Quarterly» lo edita la Asociación Médica Americana; la «Archiva» mencionada, la Asociación de Sociedades Científicas Médicas Belgas, en colaboración con el Gobierno y la Fundación Universitaria; el «Tuberculosis Index» inglés lo edita una asociación privada de cooperación sanitaria, y así sucesivamente. Entre nosotros esta iniciativa, probablemente latente ya en muchas, debe recogerla quien o quienes sientan su necesidad y sean capaces de asumir la pesada responsabilidad de galvanizar los medios conducentes para llevar a cabo esta patriótica empresa y campaña, para que la literatura médica española no quede injustamente ignorada o silenciada por nosotros mismos, ni deje de ocupar el lugar que le corresponde junto a nombres extranjeros al pie de nuestros trabajos. Con el empeño tenso en este sentido, y de que nuestros trabajos sean dignos del calor que les presten nuestros compatriotas, aprovechando íntegramente las facilidades y medios que sepamos crear, esto resultará sencillo y natural. Si nosotros no nos valoramos, ¿por lo que sea!, ¿quién nos valorará? No valoremos lo extranjero como papanatas por su procedencia, sino por su valor específico, y lo nuestro, por ser nuestro. Valorar a cualquier autor español, a más de estimularlo, es valorar la Medicina española, es valorarnos, por tanto a nosotros mismos. Estamos muy necesitados de una revaloración y reajuste sincero y a fondo.

Ignoro si estos mal escritos renglones han sabido expresar, de manera ingenuamente limpia de otras intenciones, las de un ferviente y práctico amor por nuestra Medicina, el imperativo sentir de una reorganización en la orientación, difusión y utilización de nuestra magnífica Prensa médica, ni de si encontraré el amplio eco en quienes puedan poner en marcha una solución que afecta al prestigio nacional y a la eficiencia de una clase. Por mi parte, seguiré realizando gustoso el esfuerzo de procurar conocer los trabajos hispanos en relación con mis preocupaciones, sin olvidarlos en mis referencias, aun a trueque de necesarias e involuntarias omisiones debidas a la desorganización señalada, y que procuraré ir corrigiendo lo mejor posible.

(De «Acta Médica de Tenerife».)